

DASHIELL HAMMET

Y LA NOVELA POLICIACA

Por Luis CERNUDA

EL NOVELISTA Dashiell Hammet acaba de morir en Nueva York. Después de haber gustado a tantos lectores, me parece, aunque carezca de noticia bastante como para permitirme afirmarlo, ha debido morir en medio de ese olvido que, tras unos años de éxito ruidoso, desciende de pronto y sin razón visible sobre tantas figuras aparentemente queridas y admiradas por el público norteamericano. Porque, admitámoslo prontamente, se trata de un escritor de gran público, no uno de aquellos que entre nosotros acostumbraba a llamarse, con expresión bien cursi, y precisamente por los mismos años cuando Hammet gozaba de más éxito, un escritor para "minorías selectas". El propio Hammet no dejaría de reírse si pudiera oír eso de ser o de no ser escritor para "minorías selectas", porque en él se reconoció, al mismo tiempo que a un *best seller*, a un escritor para escritores, a un técnico agudo en el arte de la novela y a un estilista.

Nacido en St. Marys County, Maryland, en 1894, tuvo adolescencia y juventud bien agitadas y variadas, lo mismo que no pocos otros escritores compatriotas suyos, comenzando a trabajar a los catorce años como recadista de una compañía ferroviaria, para pasar luego por diversos oficios, hasta emplearse como detective privado, tarea que interrumpe la primera Guerra Mundial. Dañada su salud en ésta, recluso en hospitales varios, vuelve después al trabajo detectivesco, en medio del cual comienza a escribir. El éxito llega para él tras un período largo de trabajo duro y de incertidumbre.

Entonces, ¿es Dashiell Hammet un escritor de valor pasajero a un escritor de los que sobreviven a su tiempo? Lo de sobrevivir a su tiempo es cuestión espinoosa, y no corresponde a nosotros decidirla. En sus momentos mejores nos parece superior a otros escritores que pasan por estar destinados a sobrevivir a su tiempo, como por ejemplo Hemingway y hasta Faulkner, tan aburridos ambos en mi experiencia de lector, aun admitida la diferencia que, a favor del segundo, media entre éste y Hemingway. Es interesante la indicación de que el parecer de André Gide, nada fácil en sus preferencias, era favorable a Dashiell Hammet, y en su *Journal* de 1942-1949 hace varias referencias al mismo, que vamos a citar.

El 12 de junio de 1942, dice: "He podido leer... con asombro considerable, bien cercano a la admiración, *Cosecha roja*, de Dashiell Hammet (a falta de la *Llave de cristal*, libro tan recomendado por Malraux, pero que no puedo encontrar por ningún lado." El 16 de marzo de 1943, insiste: "Leído con vivísimo interés (y, ¿por qué no atreverme a decir que con admiración?) *The Maltese Fal-*

con, de Dashiell Hammet, del cual hasta el verano pasado no había leído, y en traducción francesa, sino la sombría *Cosecha roja*, muy superior al *Falcon*, al *Thin man* y a una cuarta novela, evidentemente escrita por encargo, de cuyo título no me acuerdo. En lengua inglesa o, por lo menos, norteamericana, mucha de la sutileza en los diálogos me pasa inadvertida; pero en *Cosecha roja* esos diálogos, conducidos con mano maestra, son cosa para enfrentarla con Hemingway y hasta con Faulkner; el relato mismo de una habilidad y cinismo implacables... En ese género particular es lo más notable que he leído, según creo. Curioso por leer la inencontrable *Llave de cristal*, que tanto me recomendaba Malraux." El 22 de marzo del mismo año indicado, alude otra vez a Hammet: "Avanzo con dificultad en *Chance*; el libro menos bueno de Conrad que yo conozca (y conozco gran número de ellos). Esa lentitud minuciosa parece aún más cansada tras el paso vivo de Dashiell Hammet."

Gide casi admira, sin atreverse a reconocerlo, la novela *Red Harvest*, aunque admita que, entre una novela como ésta y otra de un novelista "artista", como la indicada de Conrad, ésta semeja lenta, pesada diríamos, para hablar francamente. En efecto, una novela como *Red Harvest* deja atrás, caduca a una cantidad de novelas que parecen o, mejor, parecían tener valor superior, pero que encontramos aburridas, y una cualidad esencial en el novelista es la de entretener al lector.

The Glass Key y *Red Harvest* si nos entretienen y reconocemos que lo consiguen pulcra y seriamente, sin concesiones mercenarias al gusto vulgar: a la facilidad, a la superficialidad, al efectismo. Mas una vez leídas, y admitida la honestidad y el talento de su autor, acaso aún nos parezca que su lectura no ha alcanzado a despertar nuestra simpatía honda ni nuestra admiración indudable. Leemos para divertirnos o para aprender, quiero decir para nuestro aprendizaje intelectual, y poco podríamos aprender de una lectura cuando ésta, además de entretenernos, no consiga asociarnos íntimamente con ella, no despierte en nosotros la emoción de estar compartiendo una experiencia excepcional.

Para conseguir eso, la visión de la realidad debe ir entreverada de afecto y de ironía, lo cual, desde Cervantes acá, ha sido meta del arte novelesco. Un novelista actual como Lawrence Durrell, por ejemplo, la alcanza en ocasiones; para comprobarlo léase ese episodio, en *Bitter Lemmons*, sobre la compra de la casa en Chipre. Mas no basta, sin embargo, para proporcionarnos la entera emoción de hallarnos ante una honda verdad artística y humana. En la vida ordinaria no vemos sino lo visible de ella y de los se-

res humanos; para verlos enteramente, para calar hasta esa zona invisible que ni ellos alcanzan a penetrar en sí mismos, adonde la trivialidad e insignificancia aparentes pueden realizarse con un viso mágico, alternativamente poético,



dramático o trágico, es necesario que el novelista, aliado con el poeta, nos dé vislumbre de esa otra dimensión humana que, desde Shakespeare acá, nos fuera revelada para siempre. (Y perdónese me que saque a colación tan grandes nom-



bres como los de Cervantes y Shakespeare.) No es necesario, ni fácilmente posible, que el novelista alcance adonde Cervantes y Shakespeare alcanzaron (aunque Dostoievski y Galdós sí alcanzaran), ya basta con un acercamiento mayor o menor a esa meta ideal.

Nuestro escrúpulo excesivo nos está llevando a esperar de Dashiell Hammet cosas que él, probablemente, no pretendía ni buscaba; ya es bastante lo que nos da: realidad, consistencia, interés. Además, el ambiente intelectual de su país cuando él escribe sus libros no había llegado aún a la "sofisticación" literaria alcanzada en años posteriores, si no en general, al menos por un sector lo bastante fuerte para imponer al resto sus opiniones como las adecuadas. Recuérdese que Joyce ha conseguido en Estados Unidos un reconocimiento y respeto más extensos que en otro país cualquiera; recuérdese el éxito reciente de un escritor tan exquisitamente real y poético como Truman Capote.

Dashiell Hammet escribe en la época cuando la ley seca y las bandas de *gangsters* daban a la vida norteamericana un carácter especial, y las obras de aquél, realistas como son, adquieren ese tono *hard-boiled* que sirvió luego para denominar genéricamente a tal clase de novelas. No sería justo exigirle, pues que supo ver y expresar aquel ambiente con acuidad singular, dotándolo, por la reticencia y la aguda notación psicológica con que lo expone, de un valor novelesco indudable, que buscara también algo acaso extraño al mismo: la dimensión poética. Ésta, de haber intentado darla, acaso le resultara falsa, tanto en lo puramente delicado como en lo dramático.

Queda otra cuestión por aludir, concerniente al género novelesco que cultiva Dashiell Hammet: que ese género puede parecer a muchos secundario, por no decir mercenario. Gide tal vez lo insinúe, al hablar de "ese género tan particular", refiriéndose a la novela de *detection*. Dicho género novelesco, que Poe inaugura brillantemente con sus dos historias *The Murders in the Rue Morgue* y *The Mystery of Marie Roget*, con su juego ingenioso de observación y deducción, tiene luego un largo y vario proceso en manos de unos y otros. Pues bien, a Hammet, aunque en no pocos de sus relatos y novelas el protagonista o agente es un detective (él crearía, con Samuel Spade, su personaje detectivesco), no me parece que se le pueda considerar estrictamente, al menos en sus libros mejores, como conforme al patrón del género. No hacemos la salvedad para excusarle de haber cultivado un género secundario o mercenario, sino porque en efecto no nos parece que *The Glass Key* y *Red Harvest* contengan propiamente misterio que descubrir ni trama siniestra que revelar.

El detective que actúa en *Red Harvest* (1929), para romper el círculo de la sórdida y terrible historia que allí se desarrolla, es, por lo pronto, polo opuesto de aquellas figuras románticas de tantas historias detectivescas, y carece del halo con que ya Poe provee a su Auguste Dupin y Conan Doyle subraya y teatraliza aún más en su Sherlock Holmes. El detective que Hammet pone en escena es de edad mediana, bajo y gordo, pero es igualmente eficaz que Dupin y Holmes en la tarea y, aunque su técnica sea bien distinta, realiza la hazaña de romper primero y exterminar después, gracias al procedimiento de enfrentar a unos *gangsters* con otros, la red con que aquéllos estrangulaban a Personville,



Dashiell Hammet por Héctor Xavier

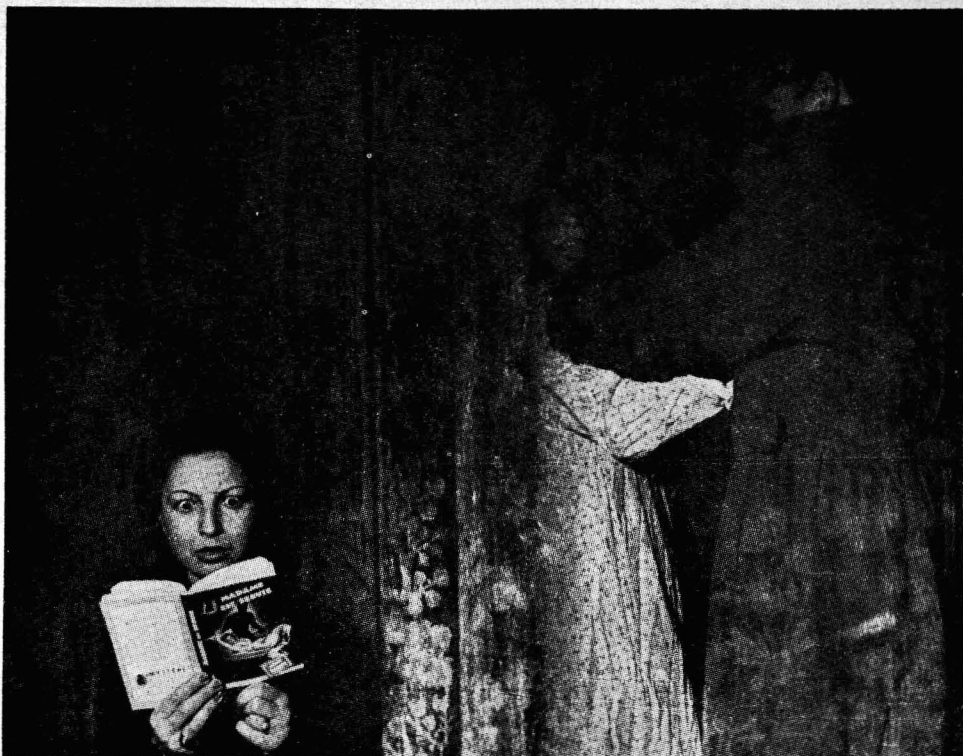
adonde fue llamado para asunto de su profesión y adonde su olfato natural e incentivo profesional le obstinan en la tarea. Un juego de palabras al comienzo del libro, entre el nombre de la ciudad, Personville, y cómo lo pronuncian algunos, Poisonville, nos encamina hacia la sátira y la crítica del estado social del país en el momento que escribe, implícitas en la obra de Hammet.¹

A ese tipo de novela, donde apenas parecen concurrir las circunstancias típicas del género detectivesco, algunos lo han llamado *thriller*, aunque tampoco la denominación genérica nos parezca en este caso adecuada. Lo característico es la astucia extraordinaria con que la acción y el relato de la misma están conducidos. Ya dijimos que Hammet no hacía concesiones ningunas a la facilidad, superficialidad ni efectismo. En cuanto a crear personajes, muchos de los suyos son fascinantes, como esta Dinah Brand de *Red Harvest*. La perfección del diálogo y el paso ágil y alerta de la acción son sorprendentes, como siempre en los libros mejores del autor.

En *The Glass Key* (1931), que Malraux con tanta razón recomendaba a Gide, el protagonista, Ned Beaumont, no es un detective, sino guardaespaldas y factótum del gangster Paul Madwig. La acción, tan viva y fascinante como en *Red Harvest*, gira sobre el tema reticente de la lealtad en Ned para con Mudwig, enamorados ambos (digamos enamorados, aunque sentimientos y pasiones sean aquí demasiado complejos como para designarlos con una sola palabra), de Janet Henry, hija de un personaje político corrupto. Ned Beaumont guarda el secreto de esa atracción, acaso hasta para consigo mismo, hasta bien avanzado el relato. Su amistad y lealtad para Madwig le llevan a emprender (acaso como compensación, ya que sabe cómo Janet está enamorada de él y no de Madwig) en el *underworld* de gangsters que regentea la ciudad, y para deshacer la amenaza contra el imperio de Madwig, una tarea equivalente a la del detective en *Red Harvest*.

Ese sentimiento inconfesado de lealtad y de nobleza da al libro delicadeza recóndita, sin aludirse a él, dejando que el lector lo presienta si quiere y si puede. La acción es violenta en extremo: movida por la crueldad, la fuerza bruta y el instinto criminal, que se exhiben sin recato alguno, contrasta en ella el pudor de los sentimientos nobles, de los actos desinteresados que, en cambio, quedan presentidos. Diálogo y relato se expresan con crudeza y sangre fría, con aparente insensibilidad que es en extremo curiosa: es una acción entre hombres, hombres fuertes y duros para quienes sería humillante y nada viril cualquier gesto de delicadeza. Por eso mismo resalta más la actitud noble de Ned Beaumont para con Paul Madwig. El amor apenas se exterioriza: lo presentimos latente en la acción. Ése es uno de los rasgos singulares en la novela de Hammet: que los motivos de la acción quedan ocultos y el lector avanza por ella en una especie de niebla; hay que leer el libro con atención bien despierta para calar en la in-

¹ Dicha crítica del estado de la sociedad será mucho más aparente en otro novelista *hard-boiled*, Raymond Chandler, al que creo seguidor genérico de Dashiell Hammet.



—Foto Club Val de Bièvres

"Las circunstancias típicas del género detectivesco"

triga y en los personajes. Lo cual es prueba de arte novelesco sutil y, ¿por qué no?, refinado bajo la crudeza y sarcasmo exteriores, los cuales no dejan de apuntar más o menos directamente, como ya dijimos, a la sociedad y al tiempo en que los personajes viven.

The Thin Man (1934) responde mejor al patrón de la novela de *detection*: tenemos ahí a un ex-detective profesional que se ve forzado a investigar un misterio: dónde está el invisible Clyde Wynant. *The Maltese Falcon* (1930), que sigue a la anterior en mérito decreciente, tiene también como héroe a un detective, Samuel Spade, que aparece en otras novelas largas y cortas de Hammet, dedicado aquí a la doble tarea de hallar el halcón de oro y de esquivar los engaños e intrigas de Brigid O'Shaughnessy que, sin decirselo, lo quiere para ella. Ésta es, en su egoísmo y codicia, personaje curioso: terrible y en apariencia de una dulzura inerme ante el hombre. Mas la búsqueda del halcón, siempre dilatada por medio de nuevas intrigas, resulta a la larga monótona. *Blood Money* (1927) recuerda algo a *Red Harvest* en la astucia para deshacer el grupo de *gangsters* (aquí asociados en un robo considerable) y el engaño y doblez enconados que éstos practican para deshacerse unos de otros. Entre ellos son memorables la atlética Big Flora y el aparentemente inocuo Papadopoulos, cobarde y traidor, *master-mind* en la maquiación del robo, y hacia el cual Big Flora parece experimentar una curiosa atracción medio maternal medio sexual. *The Dain Curse* (1929) acaso sea, entre las de su autor, la novela de menos valor.

Quedan sus novelas cortas y cuentos, los que al comenzar estas líneas no era nuestro propósito comentar suficiente-

mente. De interés unos y otros, algunos de valor, tienen un interés adicional: marcar más claramente que las novelas la frontera, en la obra de Hammet, entre lo novelesco literario y lo sensacional del *thriller*. Mas ya de un lado, ya de otro en esa frontera, la obra de Dashiell Hammet posee siempre la facultad de entretener poderosamente al lector. ¿Cuánto tiempo durará en ella dicha facultad? Nadie puede responder a eso. Los tiempos cambian y las diversiones humanas también; lo único que no cambia es la sempiterna necesidad humana de entretenimiento. Cervantes lo sabía, como indica en el prólogo a sus *Novelas ejemplares*: "Que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios por calificados que sean: horas hay de recreación, donde el afligido espíritu descansa."

Y aunque la ocupación religiosa haya cedido algo en nuestro tiempo, según creo, y dejado por tanto horas desocupadas de un lado, que de otro ocupe la tan incrementada asistencia a los negocios, aún le quedan al hombre, aparte del tiempo que dedica a los entretenimientos del día, horas libres durante las que requiere materia para divertirse. Y, ¿dónde mejor que en la lectura? Como no me figuro que le basten siempre a tal propósito libros como esos que se incluyen en tantas inefables listas de "diez mejores libros" (donde suelen incluirse no los libros que se han leído sino los que se cree conveniente pretender como leídos), agradezcamos a Dashiell Hammet que con tanta habilidad y talento proporcionara a muchos, con sus obras, nueva y adecuada materia para satisfacer una necesidad humana vieja como el hombre.